

Socorro Venegas

Ilustraciones de Gabriel Pacheco



Ceniza roja



Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 || prensa@paginasdeespuma.com
Información: www.paginasdeespuma.com

Caminar de la mano

Como editor, *Ceniza roja* de Socorro Venegas, ilustrado por Gabriel Pacheco, es uno de los proyectos más hermosos y complejos que he abordado en casi un cuarto de siglo trabajando con libros. Habitualmente el trabajo de edición supone un enriquecedor diálogo y una profunda conversación con quien escribe, de tal modo que esa transición del manuscrito al libro desemboque en el mejor texto posible para el lector e, igualmente, quien escribe gane un pulso a sí mismo cuyo resultado es una creciente seguridad en la escritura. Mi experiencia en este campo me define como editor y sobre todo es apasionante construir esta complicidad con lo que supone un pacto con la ficción. En el caso de *Ceniza roja* esta labor con Socorro ha dado un paso inmenso más allá: ambos, despojados de la ficción, ante un diario de duelo desnudo de invención literaria y tan lleno de belleza y verdad como dolor y búsqueda, hemos caminado juntos en la intimidad y en la confianza para convertir ese diario escrito para no ser compartido, para encontrar algún sentido y para aliviar si era posible, en una obra literaria que surge como epicentro del mapa literario de Socorro Venegas, un mapa lleno de luz y que recorre todo el territorio de quienes en algún momento están obligados a sobrevivir.

JUAN CASAMAYOR

Sinopsis

“Ya no tengo nada. Sólo una fuente inagotable de noches frías, metálicas.” “Lo que me hace falta es dejar de sentir esperanza.” “A mí nadie puede envidiarme.” Estas líneas son parte de de la profundidad, de la belleza y de la verdad que atraviesan la memoria del dolor y la voluntad de sobrevivir en una mujer que ha visto irse a su amado entre sus brazos. Con la construcción de un diario, la mirada poética y el cromatismo de los recuerdos, Socorro Venegas nos muestra el proceso oscuro del duelo que recorre un cuerpo y un alma embestidos por la ausencia, la espera y la búsqueda. Las estrellas le observan. La luz está ahí. Un mundo enmudecido, de gritos en silencio, retratado con la maestría del ilustrador Gabriel Pacheco.



© Isabel Wagemann

Socorro Venegas

Socorro Venegas es escritora y editora mexicana. Entre sus libros están las novelas *La noche será negra y blanca* (2009, Premio Nacional de Novela Ópera Prima «Carlos Fuentes» y mención especial en el Premio de Literatura «Sor Juana Inés de la Cruz» que otorga la FIL Guadalajara) y *Vestido de novia* (2014); los libros de cuentos *Todas las islas* (2002, Premio Nacional de Cuento «Benemérito de América»), *La muerte más blanca* (2000), *La risa de las azucenas* (1997) y *La memoria donde ardía* (2019). Sus cuentos se han traducido al inglés y al francés, y han sido recogidos en varias antologías. Fue escritora residente en el Writers Room de Nueva York, becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y del Centro Mexicano de Escritores. Escribe la columna «Modo Avión» en la revista electrónica de literatura *Literal Magazine*. Ha dirigido proyectos editoriales en el Fondo de Cultura Económica y la Universidad Nacional Autónoma de México.

Gabriel Pacheco

Nacido en Ciudad de México en 1973 y graduado en Escenografía por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura de México, estudió dibujo en la Escuela Nacional de Artes Plásticas. Desde 1997 se dedica a la ilustración de libros para público infantil y juvenil. Ha recibido numerosos reconocimientos: X Concurso Internacional de Ilustración Cittá de Chioggia (Venecia, 2004), Premio Internacional de Libro Ilustrado de México en 2000 y 2002, mención especial de la Feria Internacional del Libro Infantil/Juvenil de Bolonia 2009, Premio Quórum del Consejo de Diseñadores de México 2009. Ha trabajado para editoriales de todo el mundo.

Entrevista

Si su obra es parte de una cartografía única, *Ceniza roja* podría ser su kilómetro cero. Sus páginas podrían haber sido escritas por el personaje de "Pertenencias" de *La memoria donde ardía* y podrían recorrer buena parte de los azares de la protagonista de su novela *Vestido de novia*. Recientemente se refería a su obra como un juego de muñecas rusas donde unas historias encierran a otras más pequeñas, pero no menos importantes. Háblenos de esta concepción de la escritura tan suya, como si dispusiera unas cajas chinas dentro de otras, y el protagonismo que parece tener *Ceniza roja* en ella.

Ceniza roja representa un epicentro en mi escritura. La experiencia destilada sin narcisismo, pura búsqueda, buscar iluminar para mí misma el estupor tras la pérdida de alguien a quien amaba. En estas páginas no hay negación, hay una incredulidad amorosa. El amante que pregunta al amado por qué no está aquí. No por qué murió. Por qué no está, y más aún, por absurdo que suene, cuándo volverá. El duelo y la naturaleza de los sobrevivientes son temas constantes en mis cuentos y en novelas anteriores. Pero hay otros temas que también me obsesionan, la figura del padre, el abismo del alcohol, las infancias vulneradas. Lo peculiar de *Ceniza roja* es que no construí personajes, no hay ficción: soy yo, lo que cuento es lo que viví, las circunstancias y las personas que estuvieron cerca. Escribí al margen de lo literario para contarme a mí misma mi pequeña catástrofe, algo que dejaba el mundo convertido en cenizas, aunque rojas, incomprensiblemente vivas. He escrito cuentos y novelas donde intencionadamente trabajo el duelo desde una dimensión literaria. Para mí esa pérdida es una experiencia infinita, no termino de mirarla, no termino de escribirla, de contarla, por eso pienso en las muñecas rusas: cada vez que sale una me dice algo distinto. Quizás esa sea la naturaleza camaleónica del dolor.

Un diario. Es sencillo hablar de lo biográfico tantas veces aludido respecto a su obra. Aquí parece que es evidente y aún así hay cierta lógica en reivindicar la manipulación y la pericia literarias para convertir lo que un día fue un diario de duelo en una obra literaria. ¿Cómo ha migrado de un espacio a otro y qué le ha implicado este proceso?

Procuré corregir poco. Procuré no tocar el corazón del diario, es lo que más me importaba. Conservo los nombres de las personas. Conservo la brutalidad de ese dolor atravesando cada página. He buscado conservar. Sin embargo, también era esencial cuidar la legibilidad del texto, eliminé repeticiones que no tenían sentido, por ejemplo. De por sí se trata de textos muy breves. Es curioso, iba a decir textos concentrados y la verdad es que yo en esa época no podía concentrarme, estaba deshilvanada, no podía terminar de leer un libro porque mi mente se perdía. Escribía poco, sin recurrir tanto al intelecto como a la emoción. Es un diario sensorial, contemplativo sin el sentido pacífico que puede tener esta palabra; al contrario, estas páginas eran mi carnicería. Era yo cayéndome a pedazos. Mi psicoanalista, que también aparece en el diario, me había aconsejado escribir pero no leer lo escrito. Iba a ciegas. Solo podía mirar la página en blanco, nacer cada día para ver si podría escribir algo en ese cuaderno de tapas rojas.

Si su prosa entrañaba un sustrato poético para los lectores y la crítica, en estas páginas la lectura puede realizarse desde una perspectiva plenamente lírica. Su sintaxis, su prosodia, ese intencionado uso frecuente del punto y aparte disfrazan la narración en verso y viceversa. Y al mismo tiempo el fraseo es como un aliento entrecortado, un latido que se esfuerza por continuar. ¿Cómo ha llegado a este equilibrio que otorga a su texto una belleza y una verdad emocional excepcionales?

Me parece muy acertado decir que en este libro hay una verdad emocional. Que esa verdad atraviesa otros textos míos y, como dije, no termino con ella o ella conmigo. También es cierto que se trata de una experiencia que puede ser común a muchas personas. Por eso dedico el libro a quienes han perdido a alguien. En este libro hay un itinerario muy triste porque se pierde la esperanza, pero también se muestran indicios de que es posible recuperarla. En mi diario hay momentos en que abrazo la autocompasión, ese estado que genera tanta repugnancia en nuestras sociedades, y que no es otra cosa que lamerse las heridas, y así como un perro necesita hacerlo, por qué nosotros no. En la pena y el dolor no hay mamíferos superiores. Soy alguien que contempla su pérdida, su amputación, y no necesité ser despiadada, la vida hizo ese trabajo. Busco la empatía: saber que se puede acompañar en el duelo, compartiendo esa verdad emocional, y ahí ya hay una forma de consuelo.

Cuando escribía el diario casi solo podía construir frases cortas, ligadas de alguna manera al aliento. Poco, todo era poco. La vida sabía a poco. Las frases iban quedando solas en la superficie blanca. Aisladas de la frase anterior. Pienso que queda la sensación de un archipiélago en cada página.

Dos recursos poderosos en el libro son la datación del diario que a veces desaparece y la alternancia en nombrar al amor perdido, A. o Alan. Tanto uno como otro profundizan en la suspensión y en la ingravidez del dolor, de la memoria, de la herida abierta, de la incomprensión, de la espera y de la búsqueda. ¿Cómo se elabora una creación con todo este peso?

En el diario subyace un anhelo muy antiguo: que vuelvan los muertos. En México celebramos el día de los fieles difuntos con ofrendas que a veces son verdaderas fiestas no solo para recordar y honrar la memoria de un ser querido, sino para darle la bienvenida en su breve visita desde el inframundo. Ellos vuelven, es la creencia que explica por qué al día siguiente de haber estado entre nosotros los alimentos ofrendados han perdido el sabor. Se llevan la sal de la vida. En el tiempo del duelo el mundo se vuelve una gradación de grises. Los días no parecen transcurrir, siempre es el mismo día estirándose en el horizonte. Las fechas en el diario responden a esa indiferencia, no había algo que me empujara a cumplir con la convención de datar cada página. Por otro lado, a veces me refiero a A., otras a Alan, no siempre soy capaz de escribir su nombre completo. Escribir o decir su nombre era algo para lo que necesitaba una fuerza que no lograba reunir. Todo tenía que ver con él, pero me abrumaba nombrarlo.

No podemos terminar sin unas líneas sobre el trabajo de Gabriel Pacheco que ha hecho a su libro. Usted ha sido su editora en Fondo de Cultura Económica: sabía

cómo trabajaba. ¿Cómo ha sido la experiencia de ver ilustrado ese diario que surgió para su intimidad, para no ser leído en principio por otros, y ahora puede incluso “verse y admirarse”?

Soy una admiradora devota de la obra de Gabriel Pacheco. Es un artista excepcional. Cuando mi editor me propuso hacer la edición ilustrada pensé de inmediato en él. No sabía si a Gabriel le interesaría un texto como Ceniza roja. En primer lugar, él se asume como lector. Necesita asediar un texto, conocerlo, comprenderlo. Es alguien que trabaja mucho con las ideas de los autores, se adentra, y por eso pide siempre una palabra al editor, una palabra que funcione como el principio de una madeja que él se encargará de extender en su proceso creativo. Soy muy afortunada de que haya aceptado trabajar en este libro. Gabriel escribió hace poco, refiriéndose a algunas obras suyas: “No ilustro. Solo recuerdo”. Yo, de la misma manera, quisiera decir que en este libro no escribo. Solo recuerdo.